

Cuando la ritmicidad que propone el encuadre analítico se torna en exceso y obstáculo para el trabajo de simbolización

o de cómo fortalecer el registro de la ausencia



ANA MARÍA CHABALGOITY¹

CONSIDERACIONES INICIALES

Tomaré prestadas palabras de la obra póstuma de Albert Camus, *El primer hombre* (1994/2003):

En la clase del señor Bernard, por lo menos, la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial todavía para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado rogándoles que tuvieran a bien tragarlo. En la clase del señor Germain, sentían por primera vez que existían y eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir al mundo. (p. 128)

1 Miembro asociado en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Miembro habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Miembro fundador de la Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. amchabal@adinet.com.uy

Pienso que este posicionamiento frente a lo instituido da cuenta de una de las tantas motivaciones que me conducen a comunicar estas reflexiones.

¿Cómo respetar y mantener la rigurosidad de una concepción metapsicológica, fruto de la enorme riqueza del legado freudiano y de sus continuadores, sin que ello implique quedar adherido a una suerte de obediencia ideológica a los modelos teórico-técnicos establecidos por las instituciones que ofician de soporte referencial y de pertenencia a nuestra identidad analítica?

¿Cómo sostener, desde un posicionamiento analítico, lo esencial del método, y a su vez dar lugar a las variaciones técnicas que pretenden respetar la singularidad y las vicisitudes de cada situación analítica?

¿Cómo no quedar *cebados* por los alimentos-conocimientos instituyentes y, al mismo tiempo, no pretender *cebar* a los pacientes con intervenciones que, más que abrir el camino de sus creaciones personales, tienden a cerrarlos con saturaciones de sentidos o intentan ajustarlos a nuestros a priori conceptuales?

Estos interrogantes, metafóricamente expresados, interpelan mi práctica cotidiana.

Por lo que los planteamientos que a continuación compartiré son producto de la búsqueda de anclajes teóricos desde los cuales desentrañar las complejidades implícitas en determinadas variaciones del dispositivo analítico clásico cuando se trabaja con patologías que desbordan las neurosis.

Con este cometido propongo reflexionar desde la doble vertiente del «pensamiento clínico» (Green, 2000/2001, 1990b/2002, 2003/2005): dimensión epistemológica y teoría de la clínica.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

INTRODUCCIÓN. Tengo la firme impresión que los avatares de la clínica son mucho más complejos de lo que las teorías pueden dar cuenta.

Apertura a lo incierto, aun a riesgo de saber que las teorías que nos atraviesan pueden tener el efecto de cierre a la interrogación, al estar siempre presente el peligro de que la realidad que vemos sea solo aquella que entra dentro del registro de las significaciones que manejamos.

Ahora bien, ¿es posible una articulación entre la teoría y la clínica?

Se puede inferir un hiato, un espacio insoldable entre la teoría y la clínica, de manera tal que ambas conserven su libertad de movimiento creativo, pero donde, a su vez, se entretajan hilos de conexión entre uno y otro campo de modo tal que los interrogantes de uno interpelen las afirmaciones que surgen en el contexto del otro, y viceversa.

Por lo tanto, los fragmentos del breve ejemplo clínico que expondré no pretenden dar cuenta de ese tratamiento en particular, sino que serán utilizados como forma de ilustrar y de evocar algunas hebras del complejo entramado teórico-clínico que se va construyendo en ciertas *curas difíciles*.

Y más que colocar el punto de inflexión en lo que sucede en la mente del analista, me interesa, en esta oportunidad, trabajar en torno a las preguntas, —¿qué sucede en «la mente» de estos pacientes que se ven favorecidos con las modificaciones rítmicas de las sesiones?; —¿qué dinanismos psíquicos se facilitan de este modo?

DESDE LA CULTURA A LA PRAXIS PSICOANALÍTICA. Las categorías de tiempo y espacio, al igual que otras creaciones humanas, son tanto construcciones como ejes determinantes de la instancia yoica y de los modos de organización cultural.

En la actualidad, la privación objetal coexistiendo con la simultaneidad intrusiva de estímulos, el aislamiento afectivo y la vivencia de un presente quemante y efímero, los agrupamientos homogeneizantes y la expansión disruptiva, el borramiento de límites entre lo público, lo privado y lo íntimo se revelan como algunas de las peculiaridades que caracterizan los intercambios relacionales entre los sujetos.

Estos modelos que impregnan desde lo sociocultural los procesos de subjetivación suelen poner a prueba la consistencia de los diques que sostienen la escisión estructural del sujeto psíquico. Testimonio de ello resultan ser la tendencia a las actuaciones y —a veces— los pasajes al acto, que nos sorprenden cada vez con mayor frecuencia en el trabajo clínico con diferentes pacientes, más allá de su pertenencia a tal o cual clasificación gnosográfica.

Dichas conductas dan cuenta de importantes perturbaciones en el trabajo reflexivo y nos conducen a interrogarnos acerca de los «sistemas de

ligazón simbolizantes»² que ofrecen tanto los objetos significativos como los objetos propuestos desde la cultura.

Sin embargo, lo que resulta novedoso para la organización de la vida en sociedad no lo es, ni lo ha sido, para la vida de algunos sujetos en los cuales prevalecen trastornos del *yo* en sus funciones organizadoras, defensivas e inhibitorias de la descarga pulsional. Estos funcionamientos rinden tributo a modalidades intrapsíquicas e intersubjetivas en las que la temporalidad ha resistido su devenir (no se ha instalado firmemente la flecha del tiempo) y la organización espacial no ha terminado de delimitar las fronteras territoriales (*yo-no yo*; mundo interno-mundo externo).

En la dinámica y en la economía psíquica de estos sujetos coexisten zonas de indiscriminación, responsables de la persistencia de formas arcaicas de satisfacción sexual-narcisista, junto a funcionamientos triádicos, consustanciales con la función paterna de corte-separación-interdicción, característica de la lógica edípica, por lo que reflexionar sobre algunas de las particularidades que adquieren las coordenadas temporo-espaciales de la instancia *yoica* es ubicarnos en esa zona de tensión donde lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo transubjetivo se entretajan y anudan al estilo borromeico, ya que no hay sujeto psíquico radicalmente *desujetado* de un orden cultural ni totalmente por fuera de la intersubjetividad.

Desde este contexto, el debate sobre los nuevos paradigmas que organizan lo social y el trabajo clínico con patologías que desbordan las neurosis (y/o el trabajo con los aspectos no neuróticos de la personalidad) vienen complejizando e interrogando tanto nuestras teorías como las herramientas técnicas que posibilitan la aplicación del método analítico.

- 2 Concepto construido a partir de la interpretación que realicé de los planteos de Bleichmar en «Primeras inscripciones, primeras ligazones», capítulo 1 de *La fundación de lo inconsciente* (1993): «para que la cadena de facilitaciones pueda frenar sus modos de evacuación compulsivos e instaurar vías colaterales que propicien un entramado ligador desde los orígenes, es necesario no solo que el semejante sea un sujeto hablante, sino que se aproxime al cachorro humano con representaciones totalizantes, narcisistas. Estos sistemas de representación *yoicos-narcisistas* tienen, por supuesto, como prerrequisito la instalación del proceso secundario, es decir, del lenguaje en el preconscious... pero ello siendo condición necesaria, no es suficiente. Para que estos sistemas representacionales del auxiliar materno operen generando condiciones de ligazón en el niño deben de estar en funcionamiento pleno en el momento de crianza» (p. 48).

En las últimas décadas y desde una psicopatología psicoanalítica, Roussillon (1999, 2001, 2006) ha propuesto reunir con la denominación «trastornos o sufrimientos identitario-narcisistas» a la amplia y diversa gama de situaciones clínicas en las que las problemáticas narcisistas adquieren papel protagónico. Esta denominación me resulta útil para pensar la clínica, ya que, junto a las fallas en la consistencia del estructurante trabajo de la represión, se coloca el acento también en la función que cumple el narcisismo en la dinámica y en la economía psíquica.

Recordemos que el *yo* —ese ser de frontera, tal como lo denominó el propio Sigmund Freud— puede ser más o menos laxo, más o menos fluctuante en todos los sujetos, de acuerdo con ese precipitado de identificaciones (primarias y secundarias) que lo constituyen.

El trabajo con estos pacientes nos recuerda una y otra vez la importancia que tiene para el sujeto psíquico el funcionamiento a pleno de la instancia yoica (*yo-superyó-ideal del yo*). Nos obliga a reflexionar acerca de las graves consecuencias que trae aparejado el desfallecimiento de sus funciones defensivas-organizadoras, la preeminencia del accionar de un *superyó* sádico-arcaico, y los efectos de lo que se ha dado en denominar patología de los sistemas ideales. En este sentido, Freud ya señalaba en «Introducción al narcisismo» (1914/1976) que la existencia del *ideal (ideal del yo)* es condición de represión.

Recordemos también que la tópica yoica será la responsable de introducir en el psiquismo la lógica ligadora del proceso secundario a través de las representaciones-palabras que brinda el sistema preconsciente-consciente. A la vez, su función de contrainversión asegurará, a través de la represión secundaria, el mantenimiento en lo inconsciente de aquellas inscripciones que, destinadas a conformar el núcleo de lo inconsciente reprimido, se constituirán en motor del trabajo psíquico.

Paradojalmente, el *yo* (con sus clivajes estructurales) se revela, entonces, como lugar de desconocimiento y como instancia que tiene a su cargo la permanente tarea «traductiva» (Laplanche, 1987) de las inscripciones alojadas en lo inconsciente.

Considero que con estos pacientes, la tarea analítica no se limitará tan solo al trabajo con las formaciones del inconsciente, sino que nos enfrentará también —y entre otras— a las problemáticas derivadas de las

escisiones yoicas que, sostenidas por la desmentida patológica, tienden a expresarse en la clínica a través de pasajes al acto o del soma.

En este sentido, me planteo que los contenidos psíquicos que han sido objeto de un rechazo más radical del que propone la represión permanecen enquistados, «¿encapsulados?, ¿enclavados?» (Laplanche, 2007) en el psiquismo, y no tienen facilitado el camino de la retranscripción representacional. Por tanto, no podrán ser trabajados para su perlaboración por el tiempo psíquico del *après coup*.

DEL DISPOSITIVO ANALÍTICO Y DE SU ENCUADRE. El vínculo analítico, caracterizado por la asimetría de roles y funciones, se coconstruye en el campo dinámico bipersonal (M. Baranger y W. Baranger, 1961) delimitado por un encuadre que contiene y atraviesa la dupla paciente-analista.

Dada la enorme profusión de escritos sobre estas temáticas, me limitaré a señalar que entiendo al *encuadre* como aquel conjunto de normas explícitas e implícitas que al mantenerse fijas (Bleger, 1967) otorgarán una «estructura encuadrante» (Green, 1990b/2002) al proceso analítico, en tanto este implica movimiento, cambio, transformación (Bleger, 1967).

En este contexto, la demarcación del tipo de dispositivo más apropiado para cada situación clínica (pacientes con los que se trabajará de acuerdo al motivo de consulta —individual, vincular—, la franja etaria —inclusión de entrevista con padres, hermanos—, características del ambiente-consultorio, actitud del analista, etc.) implicará la implementación de una serie de condiciones, tanto externas como internas, que tendrán como objetivo facilitar la emergencia y el trabajo con diferentes producciones del inconsciente y/o el abordaje de algunas problemáticas vinculares.

A los fines de este trabajo, emplearé de un modo ampliado la denominación *dispositivo* analítico como sinónimo del concepto de *setting* introducido por Donald Winnicott (1958b/1999; 1971b/1991), en tanto hace referencia a la dinámica y las características de la situación analítica en su conjunto, y no solo a su encuadre.

Ahora bien, según la plasticidad con la que el analista pueda prestarse con cada paciente para ser *usado*, siguiendo a Roussillon (1999), como «objeto a simbolizar en su alteridad, en sus diferencias, en sus carencias» y, a su vez, como «objeto para simbolizar», es decir, para ser *utilizado* como

objeto en la tarea misma de la simbolización, se podrá favorecer —o no— el proceso de apropiación subjetiva-subjetivante³ y, por tanto, el desarrollo de su capacidad de simbolización.

Será imprescindible, por parte del analista, el autoanálisis de las diferentes vivencias y los diferentes afectos a los que se ve convocado, de modo que —sostenido por la «matriz encuadrante» (Green, 1990b/2002; 2003/2005) que le brinda su propio «encuadre interno» (Alizade, 2002; Green, 1990b/2002, 2000/2001, 2003/2005)— pueda ir coconstruyendo con el paciente cadenas de ligazón a representación-palabra junto a la tarea de desligazón, dinámica psíquica que al posibilitar los sucesivos movimientos de desplazamiento y sustitución representacional, abren el camino a la metáfora y a la metonimia. Pero es necesario precisar que estos dinamismos cobrarán eficacia psíquica siempre y cuando el analista pueda manejar maleablemente la alternancia de su presencia-ausencia.

Vínculo analítico, transferencia y contratransferencia son pensados, entonces, como devenires en los cuales lo intersubjetivo y lo intrapsíquico irán conformando una malla, al estilo de un «espacio-tiempo transicional» (Winnicott, 1971a/1972) donde se despliega y acontece el proceso analítico.

A su vez, la situación analítica se irá constituyendo en un lugar privilegiado de reapertura de la «situación originaria» (Laplanche, 1987) si se logra crear y sostener un dispositivo «maleable, confiable y consistente» (Roussillon, 1991, 1999), tanto en sus posibilidades de transformación, como en los límites que establece en función de cada singularidad.

DE LA PRESENCIA-AUSENCIA A LA INVASIÓN-ABANDONO. Para que los *objetos significativos* puedan ser representados en el espacio y tiempo subjetivante de la ausencia, será imprescindible que tanto sus percepciones como sus pérdidas entren en concordancia con los tiempos y las distancias tole-

3 En «El "lenguaje" del encuadre y la transferencia sobre el encuadre» (2006), Roussillon plantea: «En las situaciones transferenciales en las cuales la cuestión del sufrimiento identitario-narcisista juega un rol dominante, las transformaciones que acarrea el funcionamiento de la situación analítica son vividas como amenazas para la identidad. [...] Las exigencias que emanan del encuadre y del modo de funcionamiento que este impone, jaquean al analizante, o despiertan vivencias históricas de fracaso de sus capacidades de simbolización, amenazan los arreglos psíquicos que ha podido establecer para paliar los efectos de la vivencia traumática» (p. 8).

rables por el *infans*. De este modo, se evitará el desborde de la excitación pulsional, efecto de la presentación sin pausas y del alejamiento excesivo.⁴ El displacer de la pérdida se va entretejiendo, entonces, con el placer de su representación, que brindará satisfacciones sustitutivas. En este sentido, tanto la interiorización de la realidad como la creencia omnipotente en su dominio son estructurantes del psiquismo.

La separación con los objetos podrá, así, ser tolerada mediante su evocación con el pensamiento y la palabra, movimientos psíquicos sostenidos por el trabajo de la represión.

Pienso que, en Psicoanálisis, *la presencia y la ausencia* se implican recíprocamente y son consustanciales con la paradoja temporo-espacial que Winnicott (1971a/1972) conceptualizó como «espacio transicional»: zona de la ilusión, del juego, de la creación, de la cultura. Sin embargo, esta potencialidad estructurante solo es posible si el objeto auxiliador acepta la pérdida y reconoce la alteridad, es decir, si tiene internalizada la terceridad que hace *tope* a los deseos fusionales.

Ahora bien, ¿qué implicancias tienen para la estructuración y el funcionamiento psíquico las fallas en esta alternancia rítmica? ¿Es posible un trabajo de simbolización en el contexto de la invasión-abandono? Desde estas preguntas pondré a trabajar otra modalidad rítmicas del *está-no está* de los *objetos primordiales*, que remiten al exceso, con su contrapartida de carencia, tanto de sus formas de presentación como de sus alejamientos. Los excesos y las carencias son el anverso y el reverso de una misma modalidad vincular, y ambos dificultan la consolidación de esa *tercera zona* que es la transicionalidad, por lo que estos sujetos suelen quedar entrampados en un modo relacional con sus objetos originarios que resulta paradójal —se está pero no se está—, aspecto que los instala en un desasosiego identitario.

4 Siguiendo los planteos de Roussillon (1999) sobre estas temáticas, quien, a su vez, se apoya y amplía conceptos de Winnicott.

FORMULACIÓN DE LA HIPÓTESIS DE TRABAJO

Apoyándome en estos planteamientos teóricos y articulándolos con las vicisitudes de la práctica clínica, propongo detenernos en las dificultades que presentan estos pacientes en su actividad ligadora y, más precisamente, en lo que Roussillon (1999), parafraseando a Wilfred Bion, denomina «el aparato de simbolización», para desde allí reflexionar sobre las variaciones rítmicas que en ciertas curas difíciles solemos realizar como forma de intentar trabajar algunas de las situaciones paradójales que a nivel transfero-contratransferencial se escenifican y encarnan en el vínculo analítico.⁵

Me planteo que en estas situaciones clínicas los cambios en la ritmicidad temporo-espacial de las sesiones tienen como función acercarse al tipo de ritmo que les resulta conocido y familiar, en tanto recrean el modo relacional de estos sujetos con sus objetos originarios. Este ritmo resulta paradójal en tanto está caracterizado por lo discontinuo y lo imprevisible. Es decir, sus características son antagónicas con lo que solemos conceptualizar como rítmico: continuo, constante, previsible.

Desde esta perspectiva y en el contexto de estas situaciones clínicas, pienso que estas modificaciones del encuadre tienden a favorecer el fortalecimiento de un registro de la ausencia. Recordemos que solo en su seno puede adquirir espesor y consistencia el trabajo de representabilidad psíquica, de mentalización, por lo que considero que estas variaciones rítmicas pueden colaborar a potenciar y ampliar las posibilidades de simbolización,⁶ capacidad imprescindible para todo trabajo de elaboración y perlaboración psíquica.

5 En tal sentido, sostiene Roussillon como introducción a «La fonction symbolisante de l'objet», cap. XI de *Agonie, clivage et symbolisation* (1999): «Si la teoría es necesariamente una teoría del sujeto y una teoría para un sujeto, no podría evitar ser simultáneamente una teoría del objeto y una teoría del modo como el objeto subjetivo permite al sujeto experimentarse como tal. Esta es la función simbolizante del objeto, si se acepta superponer el desarrollo de la simbolización con la función de apropiación subjetiva y subjetivante» (p. 169).

6 Como señala Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]/1976), «cuando [el lactante] no ha visto a su madre una vez, se comporta como si nunca más hubiera de verla, y hacen faltas repetidas experiencias consoladoras hasta que aprenda que a una desaparición de la madre suele seguirle su reaparición. La madre hace madurar este discernimiento, tan importante para él... de este modo puede sentir, por así decir, una añoranza no acompañada de desesperación» (p. 158).

DEL USO DEL ESPACIO Y TIEMPO DEL ENCUADRE ANALÍTICO. Los pacientes en los que el sufrimiento identitario-narcisista juega un papel central en su dinámica psíquica, suelen plantear una ritmicidad que nos resulta peculiar en cuanto al *uso* que hacen del espacio y tiempo que propone el dispositivo analítico.

Considero que en el contexto de sus tratamientos, el estudio de estas vicisitudes nos puede permitir avanzar en los modos de abordaje de algunas de las dificultades que presentan para el trabajo de simbolización.

Descriptivamente, decimos que estos sujetos no logran una *distancia óptima* en sus vínculos. En la clínica tienden a desplegar una suerte de expansión espacial, por la cual el analista es requerido más allá de los encuentros en el consultorio: a través de llamadas telefónicas; mensajes de textos, solicitudes de sesiones extras, etc. Junto a estas conductas, faltan de manera repetida a las sesiones o directamente interrumpen el análisis.

Me planteo que el pensar esta particular ritmicidad tan solo como movimientos resistenciales de los pacientes, como ataques al encuadre o como huidas defensivas frente al temor-deseo de fusionarse con el analista conlleva el peligro de dejarlos librados a la mera repetición de estas modalidades relacionales evacuativas. En el entramado del vínculo transferencial, propongo pensarlas también como indicios de un trabajo psíquico que va posibilitando la apropiación subjetiva-subjetivante del objeto-analista y de la función simbolizante que encarna la situación analítica en sí misma. Pero para que estas conductas adquieran esa cualidad funcional, es fundamental que el analista contenga y signifique sus acercamientos y alejamientos como el camino que transitan para ir inscribiendo la representación del «objeto-analista» (de su persona, de su posicionamiento) y del funcionamiento del proceso analítico (pensado como la situación analítica en su conjunto).

Esta representabilidad psíquica propiciará —junto a la internalización de los *sistemas de ligazón representacional* (Bleichmar, 1984/1986) que se les vaya ofreciendo— la creación y el fortalecimiento de un registro de la ausencia. De este modo, se propiciará en estos pacientes el trabajo de duelo que implica la aceptación de la pérdida del objeto, y así se irá construyendo y fortaleciendo los cimientos de todo trabajo de simbolización. Muchas veces, este trabajo psíquico solo es posible llevarlo a cabo a través de una

modalidad de encuentro con la persona del analista, en el que es necesario que este se deje *alejarse y acercarse*, y permanezca *a la espera* de ser requerido, *encontrado-creado*. Pienso que de esta manera se recrea el trabajo del *fora* en el seno mismo del vínculo transfero-contratransferencial.

Para el analista, esto implica sostener un modo de *estar* que resulta paradójal: es necesario que reafirme su presencia potencial en el contexto de los alejamientos del paciente. De este modo, es posible que el retiro del objeto-analista vaya siendo gradualmente significado como ausencia, y no como abandono, y su nueva presentación, como presencia, no como intrusión.

A su vez, la actitud de espera en el marco de la terceridad, que propone el posicionamiento analítico, funciona como garante de la continuidad del tratamiento aun cuando el paciente manifieste —y pase al acto— su retiro temporario. Como ya fue explicitado, la discontinuidad marcada por los reiterados distanciamientos es sostenida por la repetición en transferencia de los ritmos y las cualidades propias del medio ambiente facilitador, y por tanto, estos han sido internalizados como modo de «relacionarse con la actividad de simbolización»⁷ (Roussillon, 1999, p. 170).

Será imprescindible que el analista apele a su «encuadre interno» como forma de sostener el difícil equilibrio entre la flexibilidad y la abstinencia, ya que se verá una y otra vez compelido a limitar y desviar la irrupción pulsional, efecto de las vivencias de exceso, de sobresaturación, que la presencia del otro-analista y el clima intimista de las sesiones suelen provocar en estos pacientes: trabajo con y de la contra-transferencia, en tanto elemento esencial del método analítico.

Pienso que este particular *uso* del dispositivo les permitirá, a su vez, acotar la omnipotencia de sus fantasías deseantes al comprobar que el analista *sobrevive* a su agresividad, así como ir adquiriendo y fortaleciendo la capacidad *para estar a solas*, con la confianza que les otorga la presencia a distancia *a la espera* del analista.

7 En «La fonction symbolisante de l'objet», cap. xi de *Agonie, clivage et symbolisation* (1999), Roussillon sostiene: «Las características de la relación de objeto primarias tienden a transferirse a la relación del sujeto con la actividad de simbolización... Es en el modo de presencia de los objetos que el sujeto debe tomar los materiales de su actividad representativa y no solamente en su ausencia "bien temperada"» (p. 170).

¿Modo peculiar de ir construyendo esa capacidad conceptualizada por Winnicott (1958a/1993).⁸

Siguiendo a este último autor, recordemos que el juego de construcción-destrucción es tan importante como el del objeto creado-encontrado. Es decir que el objeto es también destruido-encontrado, y en ese juego se crea la exterioridad. De este modo, se posibilita para él la salida del mundo subjetivo omnipotente, del mundo como *manejo de proyecciones* de la relación dual. Desde aquí, ese *otro* se convierte en ajeno, opaco, diferente... y al ir cambiando el estilo de comunicación, podrá ir surgiendo la preocupación por el *otro*. Pero este proceso solo es posible por la repuesta del ambiente que sobrevive a la destrucción.⁹ Por tanto, el devenir de cada uno de estos tratamientos dependerá de la forma en la que cada analista signifique estos «actos mensajeros» (Roussillon, 2004b/2006).

USO DE LA HIPÓTESIS DE TRABAJO: SU ARTICULACIÓN TEÓRICO-CLÍNICA

EN LA CLÍNICA. La oscilación entre la dependencia extrema y la aparente prescindencia del analista suele ser, entonces, un signo distintivo en el devenir de estos tratamientos. Sin embargo, la intensidad de la repetición de sus funcionamientos duales en el vínculo transferencial no deja de sorprendernos, por lo que sostener su despliegue junto al mantenimiento de la terceridad se constituye en un desafío a nuestra tarea práctica.

- 8 En «La capacidad para estar solo», *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (Winnicott, 1993): «Aunque muchos tipos de experiencias llevan a establecer la capacidad para estar solo, existe uno que es básico, y cuya insuficiencia impide el desarrollo de esta capacidad: esta experiencia es la de estar solo en la infancia y en la niñez, en presencia de la madre. De modo que la base de la capacidad para estar solo es una paradoja: se trata de la experiencia de estar solo mientras alguien más está presente» (p. 38).
- 9 Retomo las palabras de Prego Silva (1989): «Cuando hay un yo intacto y el analista puede dar por sentada la existencia de cuidados infantiles, la interpretación adquiere más valor que el marco (setting) pero cuando aquellos cuidados no existieron o fueron insuficientes, allí no habrá un yo suficiente como para hacerse cargo de las interpretaciones y entonces, lo más importante es el setting. Recordemos aquí lo que para Winnicott son las necesidades básicas del infante: el holding y el halding y la presentación del objeto en el lugar y en el momento oportuno» (p. 122).

¿Cómo intentar ligar las diferentes actuaciones a cadenas representacionales? ¿Cómo evitar que estas repeticiones desligantes conduzcan a la interrupción definitiva del proceso?¹⁰

La viñeta clínica que pasaré a compartir y las reflexiones teóricas que se encuentran a continuación pretenden ilustrar el modo en el que me es útil interpretar las modificaciones temporo-espaciales que solemos realizar cuando el dispositivo analítico ofrecido tiende a obstaculizar el trabajo de simbolización en el paciente.

PRESENTACIÓN DEL MATERIAL CLÍNICO. ¿Quién era Eloísa? Esta fue una pregunta recurrente durante los primeros años de este proceso analítico. ¿Era la chica de hablar pausado, de mirada serena y tierna? ¿Era la joven que en sus irrupciones de ira parecía querer destruir todo lo construido? ¿Era la mujer retraída y aislada en su dormitorio que se vivenciaba sumergida en estados de vacío que le resultaban intolerables? Estas vivencias de sí, desorganizadas, caóticas, fueron desplegándose tanto en el vínculo conmigo como en diferentes situaciones de su vida cotidiana y parecían haberla acompañado a lo largo de su devenir existencial con una expresión más virulenta en su temprana adolescencia.

A pesar de tener casi treinta años al momento de la primera consulta, Eloísa mantenía una total dependencia, tanto afectiva como económica, con su familia de origen. No había logrado acceder al mercado laboral. Previamente, había comenzado e interrumpido varios intentos de tratamientos, tanto psicológicos como psiquiátricos. Su discurso, su modo existencial, su forma de presentación parecían expresar el impacto y la desorganización psíquica que le había provocado haber sido partícipe, en los comienzos de su pubertad, de diversos «detalles» que develaban la severa conflictiva de la pareja matrimonial y la perturbación psiquiátrica paterna.

10 Parafraseando a Roussillon (2006) en «El "lenguaje" del encuadre y la transferencia sobre el encuadre»: estas situaciones límite del psicoanálisis ponen al rojo vivo las condiciones del análisis y amenazan el proceso con una forma de desimbolización. Si el analista no está en condiciones de reconocer qué trauma de la actividad simbolizante se actualiza de ese modo y se transfiere al encuadre, se encontrará entonces en grandes dificultades para destrabar la situación cuya «mecha se ha encendido» en la representación en curso (Freud, 1914, p. 8).

Poco a poco, pudimos ir armando una novela familiar que en los inicios de este tratamiento era fragmentaria y en la que los huecos de su entramado estaban principalmente relacionados con la internalización del mandato de su entorno familiar de «no recordar y olvidar» todo aquello que pudiera evocar la figura de su padre. El diagnóstico psiquiátrico-forense, que consideraba como incapaz a este padre, otorgó la tenencia definitiva a su madre. A esto se sumó la partida de este hombre hacia otro país, aspecto que la dejó encerrada en lo endogámico-incestuoso con la figura materna. Eloísa necesitaba salir de estas formas de vínculos y funcionamientos.

Había en ella un *antes* que se guardaba encapsulado —y que se evidenciaba a través de sus severas actuaciones— y un *después* que rechazaba el hecho de que tenía un padre. Habilitar su existencia y abrir el derecho a su recuerdo, de modo de acotar diferentes conductas que se erigían como testigos indestructibles de su existencia, fue uno de los desafíos en este primer tramo de su tratamiento.

Los trastornos en el sueño y en la alimentación, el consumo de alcohol, la dificultad para sostener en el tiempo diferentes emprendimientos laborales y de estudio, la alternancia brusca en sus estados de ánimo, el encierro en su dormitorio por varios días —durante los cuales se negaba a interactuar con los demás— nos condujeron por pretilos muy peligrosos.

A lo largo de su tratamiento, se hizo imperioso el trabajo de algunos aspectos identificatorios con sus figuras parentales que le resultaban alienantes. La paulatina desidentificación y el entramado de estos rasgos en nuevas reorganizaciones representacionales le fueron permitiendo, gradualmente, varios logros significativos en su vida relacional, en la regulación afectiva y en su dinámica intrapsíquica. Terminar un oficio, que le dio acceso a trabajos que habilitaron la posibilidad de vivir sola, y establecer un vínculo amoroso que le permitía proyectarse fueron también indicios del logro de una mayor estabilidad emocional. A su vez, pudo restablecer un encuentro epistolar con su padre, sacándolo del lugar de desaparecido, modalidad que al tiempo que la acercaba, la mantenía a una distancia *prudencial* que impedía que quedara nuevamente avasallada por sus conductas invasivas, ambiguas, enloquecedoras.

FRAGMENTO DE SESIÓN: A TRES AÑOS, APROXIMADAMENTE,
DE LOS INICIOS DEL TRATAMIENTO

«No puedo ir la próxima sesión. Estoy bien. Además quiero y necesito terminar el tratamiento». Mediante este mensaje de texto, Eloísa expresa, con la distancia afectiva que asegura este tipo de comunicación, su deseo-necesidad ¿de qué? En estos últimos meses venía siendo frecuente que no acudiera a las sesiones, funcionamiento que no había podido revertir a pesar de mis diferentes interpretaciones. Lo que sí se había modificado, en relación con otros períodos en los que también faltaba y desaparecía, literalmente, era que me avisaba y me comunicaba los motivos por los cuales no iba a venir, así como un escueto informe de su estado de ánimo.

A la sesión siguiente, llega muy ansiosa:

—No sé cómo explicarte lo que me pasa... Necesito terminar... No sé bien por qué, pero es lo que quiero... Me doy cuenta que aunque te diga que voy a venir, después no lo hago, se me hace pesado, no tengo ganas... Necesito que me entiendas, no es como otras veces que no quería venir porque estaba en el pozo y no quería nada con nada... Estoy bien... quiero dejar de venir...

Queda expectante a mi respuesta mientras me mira fijamente con un gesto que interpreto entre desafiante y temeroso.

—Eloísa, escuché bien tu planteo de querer terminar. De todos modos, me parece importante que podamos pensar juntas los porqués de esta necesidad de terminar. ¿Será que necesitás comprobar que te podés separar de mí?

—Yo ya estuve pensando sola antes de decírtelo... Estoy cansada de venir, de analizar... Es mucho trabajo de la mente, y cuando me voy de acá, quedo superagotada. No quedo mal; bueno, a veces, sí, aunque sé que después me hace bien... pero necesito un poco de respiro... Yo ya lo tengo decidido... no sé si me podrás entender...

—¿Qué tendré que entender? ¿Sentirás esta idea de terminar, de irte, como algo que se te impone hacer, como te ha pasado con el comer, el tomar o el dormir y abandonar todos tus emprendimientos...?

—Es algo pensado, no es algo que se me ocurre y lo tengo que hacer... Antes ya me había pasado de no querer venir, pero igual después venía y

nunca me planteé el terminar, pero esta vez es distinto... Al menos por un tiempo, necesito dejar... y necesito que lo entiendas...

—¿Y qué pasaría si no lo entiendo? ¿Tenés miedo a que yo te quiera retener por la fuerza como lo viviste con tu madre, y si te vas me enoje mucho y no quiera verte nunca más? ¿O también tendrás temor a que si tú te alejas de mí, yo desaparezca como tu padre?

Responde con tono de angustia—: Todo eso que decís, debe estar, yo no lo pensé, al menos conscientemente, así, pero mientras te escuchaba, me vinieron muchas ganas de llorar... —Llora serenamente—. A mí este espacio me ha servido mucho, yo no soy la misma que vine hace más de tres años, pero ahora estoy bien, he logrado mucho, sigo con x [su pareja], tenemos pensado pasar a convivir y estoy pudiendo sostener mis cosas, la casa, mi trabajo. Yo sé que me da miedo dejar este espacio, pero siento que necesito vivir lo que he logrado, yo sola, sin vos, quiero probarme, al menos por un tiempo, y ver qué me pasa... Yo ahora me estoy sintiendo bien... y venir acá me significa cuestionarme, empezar a revolver todo lo que he logrado y lo que no... Sé que lo tengo que seguir haciendo... que hay muchos temas que aún no los tengo resueltos, pero necesito un tiempo de no pensar, bueno, es un decir, pero no sé cómo expresártelo.

—Tal vez necesitás asegurarte de que podés separarte de mí y de este espacio, sin discusiones, sin desapariciones... pero sí, pienso que es necesario seguir trabajando juntas... Por eso entiendo tu planteo, no como una terminación, sino como un período en el que necesitás transitar a solas, sin mi presencia... —Escucha atentamente y en silencio cada una de mis palabras haciendo gestos afirmativos con movimientos reiterados de su cabeza—. Parece que necesitás comprobar que lo que has logrado construir y comprender de ti misma y de tu historia no desaparece si no me ves... Eloísa, yo voy a seguir estando acá disponible para cuando puedas y quieras retomar este trabajo... Lo que sí te aclaro, por si me llamás, es que probablemente tengas que esperar para que encuentre un horario disponible...

Tuve presente aquí sus urgencias y su irritación cuando me pedía alguna hora extra, y yo no podía dársela inmediatamente.

Con un gesto de franco alivio, sonrío distendida:

—¡Puf! ¡Qué suerte que me entendés! Tenía mucho miedo que me dijeras que no podía volver, más si no seguía ahora con el tratamiento...

¡¡Sé que voy a volver!! Me tranquiliza saber que puedo hacerlo... Estoy recién pudiendo pisar firme en algunas cosas de mi vida, creo que ya quedaron atrás mis descolokes totales, aunque sé que puedo volver a caer en mis encierros y bajones, en mis atracones y borracheras, en querer solo dormir y no soportar a nadie a mi alrededor... Lo recuerdo y me da mucho miedo volver a sentirme tan mal, tan furiosa y con esa sensación de que nada tiene sentido —se angustia—, pero vengo comprobando que cada vez recaigo menos y logro salir mucho más rápido... Además, con los trabajos siempre cumplo, no he dejado nada por estar mal...

COMENTARIOS SOBRE ESTA SESIÓN. A lo largo de estos años, ante la repetición de sus idas y vueltas, le fui proponiendo diferentes construcciones que implicaban, entre otros dinamismos, movimientos de desligaduras y nuevas ligaduras, movimientos psíquicos que implicaban, además, reintegrar lo inconscientemente desmentido al flujo representacional del preconsciente para que desde allí pudiera ser trabajado por el mecanismo de la represión, y así adquirir la potencialidad simbolizante. Conjuntamente, propuse la modificación de la frecuencia semanal (pasamos de tres a dos sesiones) como forma de ajustarme al ritmo que, en los hechos, era el que parecía poder sostener.

Esta variación en el encuadre le permitió mantener por un tiempo prolongado la continuidad de su concurrencia y la disminución de sus inasistencias. Sin embargo, desde hacía varios meses se había reinstalado la repetición de sus faltas. Cuando concurría, mantenía una actitud de alejamiento y distancia afectiva para conmigo. Me dejaba saber muy poco de ella. Esta actitud sí era novedosa. Y en este contexto, manifestó su decisión de interrumpir, planteamiento que no me sorprendió.

Si bien, más allá de mi repuesta, era evidente que iba a interrumpir su tratamiento, cabe la reflexión en torno al modo en que significué su decisión. ¿Por qué la habilité? ¿Esta actitud tuvo efectos en ella? ¿De qué tipo? ¿Incidió en su posibilidad de retomar su espacio analítico más adelante?

Pienso que en esta situación clínica, como en otras semejantes, cuando lo fusional adquiere protagonismo en el escenario analítico, hay períodos en los que el dispositivo y la presentación del analista son vivenciados como un exceso, y para que lo trabajado pueda seguir siendo integrado y *amasado* internamente por el paciente, es necesario habilitar esta peculiar

forma de tránsito analítico en la cual no son ni sus viajes por trabajo ni la lejanía geográfica la razón de esta particular ritmicidad.

A mi modo de ver, la sobresaturación y la amenaza de desimbolizar la situación analítica se estaba haciendo presente en el vínculo transferencial. Necesitaba tomar distancia real de mi persona y del espacio analítico. De este modo, yo apostaba a que Eloísa pudiera continuar tramitando a solas, pero con la seguridad de mi presencia en espera, lo construido en este período entre las dos. Apostaba a que los sistemas de ligazón simbolizantes, que ya estaban inscriptos en su psiquismo, trabajaran al modo de una nueva «implantación» (Laplanche, 1996).

Si bien era consciente de la precaria consistencia de sus cambios, consideré que escuchar y acompañar su pedido de distanciarse era una apuesta esperanzadora (de mi parte) a que, en un alejamiento que fuera vivenciado como ausencia y no como desaparición, lograra resignificar y articular en nuevos entramados representacionales lo trabajado. Si esto era así, podría proseguir en el camino de subjetivación de diferentes experiencias histórico-vivenciales que habían tenido un efecto disruptivo en su psiquismo al haberlas significado como «quiebres en su sentimiento de continuidad existencial» (Winnicott, 1958a/1993).

Después del fragmento de sesión presentado, Eloísa se comunicó un par de veces conmigo para pedirme una hora, a la cual luego me avisaba que no iba a concurrir, o bien porque ya había resuelto lo que la tenía embarullada y desbordada, o bien porque se había dormido, pero reiteraba su pedido de que la esperara y de que la dejaba tranquila saber que yo estaba ahí.

Seis meses después de su primer *alejamiento*, retomó la continuidad del tratamiento siendo consciente ya de la intensa ambivalencia que le provocaba necesitarme en mi lugar analítico. Esa vez pudimos trabajar por otro par de años, y luego se repitió, una vez más, su *necesidad* de distanciarse, pero en esa segunda ocasión manifestó explícitamente que por favor la esperara. Varios meses después, retornó, y luego de más de diez años de trabajo conjunto, caracterizado también por varias idas y vueltas, pudo finalizar su tratamiento.

Para finalizar, evoco aquí lo que expresó en una de sus sesiones finales: «Para mí ha sido fundamental cómo puedo ir al encuentro y separarme sin que eso sea causa de conflicto».

Pienso, de un modo esperanzador, que se había inaugurado en ella otra forma de separación muy diferente a las que había mantenido con sus objetos primarios y que luego transfería a las relaciones de su vida adulta, y que, como vimos, estuvo también presente durante mucho tiempo en su proceso analítico. ♦

RESUMEN

¿Qué implicancias tienen para la estructuración y el funcionamiento psíquico las fallas en la alternancia rítmica de la presencia-ausencia de los objetos significativos? ¿Qué sucede cuando deviene en invasión-abandono?

A partir de estas preguntas, el presente artículo reflexiona sobre el peculiar uso que los pacientes con «sufrimiento identitario-narcisista» (Roussillon, 1999) suelen hacer del tiempo y espacio que propone el encuadre analítico. Frecuentemente, oscilan entre demandas que desbordan el marco establecido, repetidas inasistencias a las sesiones e interrupciones del tratamiento.

Se considera que el estudio de estas vicisitudes podría permitir el abordaje de algunas dificultades implicadas en el trabajo de simbolización. Pensarlas tan solo como movimientos resistenciales, como parte de sus ataques al encuadre o como huidas defensivas frente a su temor-deseo de fusionarse conlleva el peligro de dejarlos librados a la mera repetición de estos modelos relacionales evacuativos.

Se propone considerarlas también como el modo que tienen estos pacientes de ir logrando, en el entramado del vínculo transferencial, la apropiación subjetiva-subjetivante del objeto-analista y de la potencialidad simbolizante que encarna la situación analítica.

Esto implica, desde la perspectiva del analista, sostener un modo de *estar* paradójal: reafirmar su presencia *en espera*, en el contexto de los alejamientos del paciente.

Descriptores: ENCUADRE PSICOANALÍTICO / SIMBOLIZACIÓN / INTERRUPCIÓN / MATERIAL CLÍNICO / NARCISISMO

SUMMARY

What are the implications for psychic structuring and functioning of flaws in the rhythmic alternation of the presence-absence of significant objects? What happens when it turns into invasion-abandonment?

Based on these questions, this paper reflects on the peculiar use made by patients with «narcissistic-identity suffering» (Roussillon, 1999) of the time and space proposed by the analytical setting. They frequently oscillate between demands that go far beyond the established frame, repeated absences from the sessions and treatment interruptions.

The study of these vicissitudes could open a path to address some difficulties involved in the work of symbolization. To think of them just as resistance movements, as part of their attacks to the setting or as defensive flights in the face of their fear-desire to merge implies the danger of leaving them as the mere repetition of these evacuative relational models.

The paper suggests considering them also the way in which these patients can gradually accomplish, within the fabric of the transference bond, the subjectivizing appropriation of the object-analyst and of the symbolizing potentiality that the analytical situation incarnates.

This implies, from the analyst's perspective, to sustain a paradoxical way of *being*: to reaffirm their presence *waiting*, in the context of the patient's absences.

Keywords: ANALYTIC SETTING / SYMBOLIZATION / INTERRUPTION / CLINICAL MATERIAL / NARCISSISM

BIBLIOGRAFÍA

- Alaunier, P. (1975). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alizade, M. (2002). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Anfusso, A. e Indart, V. (2009). *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* Montevideo: Psicolibros.
- Baranger, M. y Baranger W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Baranger, W. (1979). Proceso en espiral y campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59, 1732.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En J. Bleger, *Símbiosis y ambigüedad* (pp. 237-250). Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico: del mito a la historia*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1984).
- (1993). *La fundación de lo inconsciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1999).
- Camus, A. (2003). *El primer hombre*. Barcelona: Fábula. (Trabajo original publicado en 1994).
- Casas, M. (1999). *En el camino de la simbolización: producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- de Urtubey, L. (1999). El encuadre y sus elementos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 49-68.
- Errandonea, E. (2010). *Lo dual y la contratransferencia*. Trabajo presentado en Reunión Científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Freud, S. (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-160). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- (1976). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- (1976). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5, pp. 345-700). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- (1976). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1976). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1895 y publicado póstumamente en 1950).
- García, S. (2009). La heterogeneidad del inconciente y el conflicto psíquico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 109, 77-90.
- Green, A. (1995). El encuadre. Significación del encuadre. En A. Green (ed.), *El lenguaje en el psicoanálisis* (pp. 110-124). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1984).
- (2001). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1990a).
- (2001). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2000).
- (2002). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1990b).
- (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2003).
- Guerra, V. (2007). Le rythme, entre la perte et les retrouvailles. *Spirale*, 44, 139-146.
- (2014). Ritmo, mirada, palabra y juego: hilos que danzan en el proceso de simbolización. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 74-97.

- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996). Implantación, intromisión. En J. Laplanche, *La prioridad del otro en psicoanálisis* (pp. 103-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- (2007). *Sexual: la sexualité élargie au sens freudien*. París: Puf.
- (2009). Tres acepciones de la palabra «inconsciente» en el marco de la teoría de la seducción generalizada. *Alter*, 4. (Trabajo original publicado en 2003).
- Marcelli, D. (2000). *La surprise, chatouille de l'âme*. París: Albin Michelle.
- Prego Silva, L. (1989). Notas sobre la transferencia en la obra de Winnicott. *Temas de Psicoanálisis*, 11, 118-123.
- Roussillon, R. (1995). Traumas y escisiones. En R. Roussillon, *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis* (pp. 181-261). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1991).
- (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*. París, Presses Universitaires de France. (Traducción interna del Grupo de Teoría de la Técnica, Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo, 2005).
- (2001). *Le plaisir et la répétition*. París: Dunod.
- (2004a). *A corps et à cri*. Congreso organizado por A. Braconnier y B. Golse, París. (Traducción al español de Maren Ulriksen de Viñar).
- (2006). *Cuerpos y actos mensajeros*. Coloquio Lyon. (Trabajo original publicado en 2004b).
- (2006). *El «lenguaje» del encuadre y la transferencia sobre el encuadre*. Trabajo presentado en 80º Coloquio de la Sociedad Psicoanalítica de París, Mutualidad, París.
- Schkolnik, F. (1987). Abstinencia y transgresión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 65, 21-29.
- (1989). Acerca de la concepción freudiana de la transferencia. *Temas de Psicoanálisis*, 11, 124-127.
- (1992). *Desmentida y escisión del yo*. Trabajo presentado en 1º Congreso de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 68-81.
- (2001). Los fenómenos residuales y la represión originaria. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 94, 48-58.
- (2003). *El pensamiento analítico: entre el enigma y el dolor psíquico*. (Trabajo inédito). Montevideo.
- (2010). Cambios en la cultura y el psicoanálisis: nuestra contemporaneidad nos interroga. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 722.
- Schkolnik, F. y Svarcas, M. (1991). El dilema del paciente narcisista-fronterizo: entre la desmentida y la discriminación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 74, 161-169.
- Schroeder, D. (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-160.
- Ulriksen de Viñar, D. (2005). Construcción de la subjetividad del niño: algunas pautas para organizar una perspectiva. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 339-355.
- Uribarri, F. (2012). André Green. El pensamiento clínico: contemporáneo, complejo y terciario. *Revista de Psicoanálisis*, 69(1), 245-262.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971a).
- (1991). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1971b).
- (1993). La capacidad para estar solo. En D. Winnicott (ed.), *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 17-46). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958a).
- (1999). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958b).